

La Inflación y las Medicinas

por Enrique Chersi

Editorialista de LA PRENSA

La reimplantación de controles de precios para las medicinas, luego de un régimen de semilibertad que aseguraba para muchas un mecanismo de ajuste automático, plantea serios problemas de eficiencia económica.

Generalmente, se piensa que las medicinas, por su relación con la salud y la seguridad social, son susceptibles de férreo control por parte de las autoridades. Incluso, hombres seguramente de buena fe, como los dirigentes del Colegio de Farmacéuticos, se empeñan en profesar la filosofía del control. Sin embargo, se comete el grave error de creer que tal regulación carece de efectos económicos y que, por tanto, nunca ocasionará daños imprevistos.

Hay en todo ello, pues, una equivocación fundamental. El precio de los medicamentos es tan precioso como cualquier otro en el comercio de los hombres. Responde a los requerimientos de la oferta y la demanda. Cumple papel de información entre productores y consumidores. Crea estímulos para la elaboración y el consumo. Activa la asignación de recursos. Distribuye rentas. Luego, no es inmune al crecimiento de los costos, ni escapa al influjo de la inflación.

En consecuencia, si toda una economía se encuentra sujeta al problema de la in-

flación que, en lo esencial, consiste en la pérdida persistente del poder adquisitivo de la moneda y en el alza subsecuente de los artículos de consumo, no se puede esperar racionalmente que un conjunto de precios, como los de las medicinas, se sustraiga de la tendencia general.

Los precios son únicamente guías representativas de lo que sucede en una economía. Son indicadores del problema; pero no el problema mismo.

De ahí que, cuando por ceder al sólo estímulo social o la simple demagogia, se incurre en el dislate de controlar los productos farmacéuticos, en realidad se está tergiversando necesariamente los mecanismos de su producción y consumo.

En economía, existe un principio elemental que los políticos tienden a olvidar. A saber, que cuando se estipula un precio máximo para un producto, inferior al que se hubiera determinado en condiciones de libre concurrencia, se produce artificialmente una situación de escasez.

Ello quiere decir que, al controlarse las medicinas y establecerse como resulta obvio puesto que si no carecería de propósito político la regulación—precios por debajo del nivel de ajuste espontáneo, lo que el gobierno causará es que desaparezcan las medicinas.

Lógicamente, el mercado negro y la especulación —consecuencias inmediatas de todo control de precios—, se tornarán inevitables para suplir las deficiencias en la oferta legal, de manera que los apologistas del Estado y sus cómplices encontrarán a quién culpar por sus propios errores.

Debe quedar lo suficiente-

car la sujeción de los precios de los medicamentos.

En primer lugar, aseguran que la excesiva libertad ha hecho que esos precios se eleven por encima de todo pronóstico. En segundo, arguyen que la posición oligopólica de la industria farmacéutica le proporciona una posición de predominio sobre los consumidores que

no considerados básicos. Pero tal liberalidad, por cierto extremista en un país como éste, terminó recientemente.

Luego, si a alguien hay que culpar porque las medicinas encarezcan, no es al sistema de precios libres, sino a la inflación, de la que el Estado, y sólo el Estado, es responsable.

De otro lado, la posición oligopólica de la industria farmacéutica es incontrovertible, como, por lo demás, lo es también en el caso de la mayor parte de la industria legalmente establecida.

Sin embargo, pasar del reconocimiento de ese hecho a la apología del control resulta equivoco, por cuanto no existen razones para creer que regular precios es un medio eficiente para restringir la acción de los oligopolios.

Antes bien, es probable que éstos, por encontrarse en especial posición respecto del Estado y tener mecanismos institucionalizados para acceder a la toma de decisión pública, puedan utilizar los controles en su beneficio o, simplemente, neutralizarlos.

De ahí que, si se quiere atacar de raíz el predominio oligopólico, no exista nada mejor que dejar que el mercado, en condiciones de libre competencia, se encargue de proteger a los consumidores.



PRECIOS DE LAS MEDICINAS
indicadores del problema; no el problema mismo

mente claro que los controles conspiran contra el interés social, vulneran la estabilidad de la industria farmacéutica, fomentan la escasez, estimulan el mercado negro y las prácticas comerciales clandestinas.

Resulta particularmente curioso anotar, finalmente, que los defensores del control utilizan con igual énfasis dos argucias para justifi-

el Estado debe compensar.

La primera aseveración es completamente falsa, por cuanto todo el mundo sabe que desde hace años el gobierno impide que la libertad de precios se instaure completamente en esa actividad. Únicamente desde la promulgación de la nueva Ley de Industrias, se tuvo un régimen mixto, con semilibertad para algunos produc-